

En las afueras de la aldea los restos de un fuego apagado ennegrecen la nieve medio derretida. Junto a ellos hay un cesto que, tras meses a la intemperie, ha adquirido el color de la ceniza. Hay bancos para que los ancianos puedan calentarse las manos, pero ahora hace frío incluso para eso, el anochecer está al caer y todo es demasiado lúgubre. Esto no es París. El aire huele a humo y a cielo nocturno; un ámbar desesperado desciende para ocultarse tras el bosque, casi una puesta de sol. La oscuridad se extiende tan deprisa que alguien ya ha encendido un farol en la ventana de la casa más próxima a la fogata abandonada. Es enero o febrero, o quizás un marzo riguroso de 1895 (el año quedará anotado con toscos números negros en las sombras de una esquina). Los tejados de la aldea son de pizarra, manchados por la nieve que se derrite y resbala a montones. Algunos de los caminos están flanqueados por tapias, otros llevan al campo y a los huertos fangosos. Las puertas de las casas están cerradas, el olor a comida asciende por las chimeneas.

Únicamente una persona se mueve en toda esta desolación: una mujer con ropa de viaje gruesa que camina por un sendero en dirección al último grupo de viviendas. Alguien ha encendido allí un farol, también, y se inclina sobre la llama, una silueta humana aunque borrosa tras la distante ventana. La mujer del camino avanza con dignidad y no lleva el mandil andrajoso ni los zuecos de madera habituales en la aldea. Su capa y su larga falda contrastan con la nieve violeta. Su capucha está ribeteada de piel y lo oculta todo menos la curva blanca de su mejilla. En la orilla de su vestido hay un galón con motivos geométricos de color azul claro.

Se aleja andando con un fardo en sus brazos, algo firmemente envuelto, como para protegerlo del frío. Los árboles sostienen sus ramas ateridas hacia el cielo, enmarcando el camino. Alguien se ha dejado una tela roja en el banco que hay frente a la casa situada al final del sendero; un chal, tal vez, o un pequeño mantel, el único punto de color vivo. La mujer protege su fardo con los brazos, con sus manos enguantadas, y deja el centro de la aldea a sus espaldas lo más deprisa que puede. Sus botas golpetean contra un trozo de hielo del camino. Su aliento surge pálido en contraste con la creciente oscuridad. Avanza encogida, encorvada, recelosa, con prisas. ¿Abandona la aldea o se dirige presurosa a una de las casas del fondo?

Ni siquiera la persona que la observa conoce la respuesta, ni le importa. Ha estado trabajando en el lienzo prácticamente toda la tarde, pintando las tapias que flanquean los caminos, y los árboles desnudos, bosquejando el sendero, a la espera de los diez minutos de atardecer invernal. La mujer es una intrusa, pero él la incluye en el cuadro también, rápidamente, fijándose en los detalles de su atuendo, aprovechando la luz mortecina para pincelar el contorno de su capucha, el modo en que ella se dobla para mantener el calor u ocultar su fardo. Sea quien sea la mujer, es una sorpresa maravillosa. El toque que faltaba, el movimiento que necesitaba para llenar ese tramo central de camino nevado con hoyos de fango. Hace ya tiempo que él se ha recluso, ahora trabaja únicamente tras su ventana (es un anciano y le duelen las extremidades si pinta al aire libre con frío durante poco más de un cuarto de hora), de modo que sólo puede imaginarse la respiración agitada de la mujer, sus pisadas en el camino, el crujido de la nieve bajo el afilado tacón de sus botas. Está envejeciendo, está enfermo, pero durante un instante desea que ella se vuelva y lo mire de frente. Se imagina su pelo moreno y suave, sus labios escarlata, sus ojos grandes y desconfiados.

Pero ella no se vuelve, y él descubre que se alegra. La necesita tal como está, necesita que se aleje por el túnel nevado de su lienzo,

necesita el contorno recto de su espalda y su pesada falda de elegante galón, su brazo acunando el objeto envuelto. Es una mujer de carne y hueso y tiene prisa, pero ahora ha sido también plasmada para siempre. Ha quedado inmovilizada en su prisa. Es una mujer de carne y hueso, y ahora es un cuadro.

1

Marlow

Recibí la llamada acerca de Robert Oliver en abril de 1999, menos de una semana después de que éste hubiera blandido un cuchillo en la sala que contenía la colección del siglo XIX de la Galería Nacional de Arte. Era martes, una de esas mañanas con un tiempo espantoso que se dan a veces en la zona de Washington en mitad de una primavera florida e incluso calurosa; una mañana de granizo destructivo y cielos encapotados, de truenos que retumbaban en el aire repentinamente gélido. También se cumplía, por casualidad, una semana exacta después de la matanza del instituto de Columbine, en Littleton (Colorado). Yo seguía obsesionado con este suceso, como me imagino que habría hecho cualquier psiquiatra del país. Mi consulta se me antojaba repleta de adolescentes que escondían escopetas recortadas y un diabólico resentimiento. ¿Cómo habíamos podido fallarles a ellos y, sobre todo, a sus víctimas inocentes? Aquella mañana tenía la sensación de que el riguroso clima y la melancolía del país se mezclaban.

Cuando sonó mi teléfono, la voz que oí al otro extremo de la línea era la de un amigo y colega, el doctor John Garcia. John es una persona magnífica (y un magnífico psiquiatra) con el que fui a la escuela tiempo atrás y que de vez en cuando me lleva a comer a un restaurante de su elección, donde casi nunca me deja pagar. Tramita admisiones en urgencias y atiende a los pacientes ingresados en uno de los hospitales más grandes de Washington y, al igual que yo, también tiene una consulta privada.

John me estaba contando que quería pasarme a un paciente, ponerlo a mi cuidado, y percibí la impaciencia en su voz:

—Este tipo podría ser un caso difícil. No sé qué te parecerá, pero preferiría que estuviera a tu cuidado en Goldengrove. Por lo visto es un artista de éxito. La semana pasada lo detuvieron y luego nos lo trajeron. No habla mucho y por aquí no le caemos muy bien. Se llama Robert Oliver.

—He oído hablar de él, pero la verdad es que no conozco su obra —confesé—.

—Pinta paisajes y retratos; creo que salió en la portada de la revista *ARTnews* hará un par de años.

—¿Qué hizo para que lo detuvieran? —Me volví hacia la ventana y me quedé contemplando el granizo que, como gravilla blanca de la más cara, caía sobre el césped del jardín cerrado de la parte de atrás y sobre una magnolia maltrecha. La hierba ya estaba muy verde y durante un segundo lo cubrió todo un sol tenue, al que siguió una fuerte granizada.

—Intentó atacar un cuadro de la Galería Nacional. Con un cuchillo.

—¿Un cuadro? ¿No a una persona?

—Bueno, por lo visto en ese momento no había nadie más en la sala, pero apareció un vigilante y lo vio abalanzarse sobre un cuadro.

—¿Opuso resistencia? —Observé el granizo sembrado sobre la incipiente hierba.

—Sí. Al final tiró el cuchillo al suelo, pero entonces agarró al vigilante y lo zarandeó con enorme violencia. Es un hombre corpulento. De pronto se detuvo y, por alguna razón, dejó que lo sacaran de allí, sin más. El museo está intentando decidir si presenta o no cargos por agresión. Creo que lo dejarán correr, pero el tipo se la jugó.

Volví a contemplar el jardín de atrás.

—Los cuadros de la Galería Nacional son de propiedad federal, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué clase de cuchillo era?

—Una simple navaja. Nada del otro mundo, pero podría haber hecho mucho daño. Estaba muy excitado, creía cumplir una misión heroica, y luego en comisaría se derrumbó, dijo que llevaba días sin dormir, incluso lloró un poco. Lo trajeron a urgencias psiquiátricas y lo ingresé.

Podía oír a John esperando mi respuesta.

—¿Cuántos años tiene el tipo éste?

—Es joven, bueno, tiene 43 años, pero ahora mismo me parece que eso es ser joven, ¿sabes?

Lo sabía, y me reí. A ambos nos había impresionado cumplir los cincuenta tan sólo dos años antes, y lo disimulamos celebrándolo con varios amigos que estaban en nuestra misma situación.

—También llevaba encima un par de cosas más: un bloc de dibujo y un fajo de cartas antiguas. No ha querido dejar que nadie las toque.

—¿Y qué quieres que haga por él? —Me sorprendí a mí mismo apoyado en la mesa de despacho para descansar; la larga mañana tocaba a su fin, y yo tenía hambre.

—Que te lo quedes, nada más —dijo John.

Pero en nuestra profesión la cautela es un hábito muy arraigado.

—¿Por qué? ¿Intentas darme quebraderos de cabeza?

—¡Venga, vamos! —Podía oír a John sonriendo—. Nunca he visto rechazar a un paciente, doctor Dedicación, y éste seguro que merecerá la pena.

—¿Me lo pasas porque pinto?

John titubeó sólo un momento.

—Francamente, sí. No pretendo entender a los artistas, pero creo que con este tipo conectarás. Ya te he dicho que no habla mucho, y cuando digo que no habla mucho me refiero a que quizá le habré sacado tres frases. Creo que, a pesar de los medicamentos que hemos empezado a administrarle, está entrando en depresión. Además, manifiesta ira y tiene períodos de agitación. Me preocupa.

Contemplé el árbol, el césped verde esmeralda, el granizo esparcido por encima que empezaba a derretirse, otra vez el árbol. Quedaba algo a la izquierda de la ventana, y la oscuridad del día prestaba a sus brotes malva y blanco una luminosidad que no tenían cuando brillaba el sol.

—¿Qué le estáis dando?

John enumeró la lista: un estabilizador anímico, un ansiolítico y un antidepresivo, todos ellos en dosis considerables. Cogí un boli y un bloc de mi mesa.

—¿Diagnóstico?

John me lo dijo, y no me sorprendió.

—Afortunadamente para nosotros, en urgencias, cuando aún hablaba, firmó una autorización para la divulgación de información. Además, acabamos de conseguir copias de su historia clínica que tenía un psiquiatra de Carolina del Norte al que visitó hace un par de años. Al parecer, fue la última vez que lo vio un médico.

—¿Tiene una ansiedad considerable?

—Bueno, se ha negado a hablar sobre eso, pero creo que la exterioriza. Y, según el historial, ésta no es la primera vez que tiene que medicarse. De hecho, aquí llegó con klonopin en un frasco que llevaba dos años metido en su chaqueta. Es muy probable que no le hiciera mucho efecto sin combinarlo con un estabilizador anímico. Al final conseguimos localizar en Carolina del Norte a su esposa, ex esposa en realidad, y ésta nos habló un poco más de sus anteriores tratamientos.

—¿Intentos de suicidio?

—Es posible. Como no habla, es difícil hacer una evaluación adecuada. Aquí no ha intentado nada. Está más bien furioso. Es como tener a un oso enjaulado... un oso mudo. Pero con esta clase de cuadro, no quiero soltarlo. Es preciso que pase una temporada en algún sitio, que alguien averigüe lo que realmente le ocurre, y habrá que ajustarle la medicación. Ingresó voluntariamente, y apuesto a que ahora mismo se iría con mucho gusto. No está cómodo aquí.

—Entonces ¿crees que puedo conseguir que hable?

Era nuestra broma de siempre y John reaccionó como de costumbre:

—Marlow, tú podrías hacer hablar a una piedra.

—Gracias por el cumplido. Y gracias especialmente por estropearme mi descanso de mediodía. Por cierto, ¿tiene seguro?

—Algo tiene. El asistente social está en ello.

—De acuerdo, haz que lo lleven a Goldengrove. Mañana a las dos, con la historia clínica. Yo me ocuparé de su ingreso.

Colgamos, y me quedé preguntándome si podría sacar cinco minutos para dibujar mientras comía, cosa que me gusta hacer cuando tengo la agenda apretada; todavía tenía visitas a la una y media, a las dos, a las tres, a las cuatro y luego una reunión a las cinco. Y al día siguiente me esperaba una jornada de diez horas en Goldengrove, el centro residencial privado donde llevaba trabajando desde hacía doce años. Ahora necesitaba mi sopa, mi ensalada y el lápiz entre mis dedos durante unos cuantos minutos.

Pensé también en algo sobre lo que no reflexionaba desde hacía mucho tiempo, aunque antes solía recordarlo a menudo: a los 21 años, recién diplomado* en la Universidad de Columbia (donde había estudiado Historia, Inglés y Ciencias) y con la mirada puesta ya en la Facultad de Medicina de la Universidad de Virginia, mis padres me prestaron dinero para mi viaje de un mes por Italia y Grecia con mi compañero de habitación. Era la primera vez que salía de los Estados Unidos. Me entusiasmaron las obras de arte de las iglesias y los monasterios italianos, la arquitectura de Florencia y Siena. En la isla griega de Paros, de donde procede el mármol más perfecto y translúcido del mundo, me encontré solo en un museo de arqueología local.

El museo tenía una sola estatua de valor, que presidía una sala. Era una efigie femenina: la diosa Niké de la victoria, de tamaño

* En los Estados Unidos, antes de ingresar en la facultad de Medicina, los alumnos deben completar una diplomatura de cuatro años y pasar el Medical College Admission Test. (*N. de la T.*)

natural, desmembrada, sin cabeza ni brazos, con muñones en la espalda donde en su día le habían brotado alas y manchas rojas en el mármol tras su larga sepultura bajo la tierra de la isla. Aún podía apreciarse la perfección de la escultura, su túnica como un remolino de agua sobre el cuerpo. Le habían vuelto a pegar uno de sus piececillos. Yo estaba solo en la sala, dibujándola, cuando el vigilante entró un segundo y gritó: «¡Vamos a cerrar!» Cuando se hubo marchado, recogí mi material de dibujo y entonces (sin pararme a pensar en las consecuencias) me acerqué a la diosa Niké por última vez y me incliné para besarle el pie. El vigilante apareció al instante, rugiendo, y me agarró por el cuello. Jamás me han echado de un bar, pero aquel día me expulsaron de un museo que tenía un solo vigilante.

Descolgué el teléfono y volví a llamar a John, al que pillé todavía en su consulta.

—¿Qué cuadro era?

—¿Cómo?

—El cuadro que atacó tu paciente, el señor Oliver.

John se rió.

—La verdad es que no se me habría ocurrido preguntar eso, pero estaba incluido en el informe policial. Se titula *Leda*. Es un mito griego, creo. En el informe ponía que es un cuadro de una mujer desnuda.

—Una de las conquistas de Zeus —dije yo—. Se le apareció transformado en cisne. ¿Quién lo pintó?

—¡Anda ya! Haces que esto parezca una clase de historia del arte, que no suspendí por los pelos, dicho sea de paso. No sé quién lo pintó y dudo que el agente que lo detuvo lo sepa.

—Vale. Vuelve al trabajo. Que tengas un buen día, John —dije, intentando aliviar la contractura de mi cuello sin dejar de sujetar el auricular al mismo tiempo.

—Tú también, amigo mío.

2

Marlow

Vuelvo a empezar mi relato porque siento la necesidad de insistir en que es confidencial. Y no solamente confidencial, sino que le debe tanto a mi imaginación como a los hechos. Me ha llevado diez años poner en orden mis notas sobre este caso, y también mis pensamientos; confieso que en un principio me planteé la posibilidad de escribir algo sobre Robert Oliver para una de las revistas de psiquiatría que más admiro y donde he publicado con anterioridad, pero ¿quién puede publicar lo que quizá acabe resultando un secreto profesional? Vivimos en la época de los magazines televisivos y de las grandes indiscreciones, pero nuestra profesión es especialmente rígida en sus silencios: cautelosa, legal, responsable, en el mejor de los casos. Naturalmente, a veces el sentido común debe prevalecer sobre las normas; todos los médicos hemos conocido semejantes excepciones. He tenido la precaución de alterar todos los nombres relacionados con esta historia, incluso el mío, a excepción de uno que es tan común, pero que ahora me parece también tan hermoso, que no veo que pase nada por conservar el original.

No me crié en el seno de la profesión médica: mis padres eran pastores de iglesia; de hecho, mi madre fue la primera pastora de su reducida congregación, y yo tenía once años cuando fue ordenada. Vivíamos en el edificio más viejo de nuestra ciudad de Connecticut, una casa de madera granate y techo bajo con un jardín a la entrada que parecía un cementerio inglés, donde cipreses, tejos, sauces llorones y demás plantas fúnebres competían por el espacio que rodeaba al camino enlosado que conducía a la puerta principal.

Todas las tardes, a las tres y cuarto, volvía a pie de la escuela, arrastrando mi mochila llena de libros y migas, pelotas de béisbol y lápices de colores. Mi madre abría la puerta, normalmente vestida con su falda azul y su jersey y, más adelante, a veces con su traje negro y su alzacuello blanco si había estado visitando a enfermos, ancianos, impedidos que no podían salir de casa o a los últimos penitentes. Yo era un niño gruñón, con problemas posturales y una sensación crónica de que, para mi decepción, la vida no era lo que prometía ser. Ella era una madre estricta; estricta, honrada, alegre y cariñosa. Cuando vio mi precoz talento para dibujar y esculpir, lo fomentó día a día con serena certeza, sin excederse jamás en sus elogios y, no obstante, sin permitirme dudar jamás de mis propios esfuerzos. Creo que siempre fuimos absolutamente diferentes, desde que nació, pero nos queríamos con locura.

Resulta curioso, pero aunque mi madre falleciera bastante joven, o quizá precisamente por eso, ya en la madurez he descubierto que cada vez me parezco más a ella. Durante años, más que soltero estuve sin casar, aunque finalmente rectifiqué esa situación. Todas las mujeres a las que he amado guardan (o guardaban) algún parecido conmigo de niño: son taciturnas, obstinadas, interesantes. Junto a ellas me he ido pareciendo cada vez más a mi madre. Mi esposa no es la excepción a esta regla, pero nos complementamos.

En parte como respuesta a las mujeres que en su día amé y a mi esposa, y en parte, no me cabe ninguna duda, como respuesta a una profesión que me muestra a diario la cara más oscura de la mente (las desdichas fruto de la influencia del entorno o de caprichos genéticos), desde la infancia me he ido reconvirtiendo con diligencia para adquirir algo parecido a una actitud positiva ante la vida. La vida y yo nos hicimos amigos hace algunos años; no fue la clase de amistad apasionante que anhelaba yo de niño, sino una amable tregua, el placer de regresar cada día a casa, a mi apartamento de Kalorama Road. De vez en cuando —por ejemplo, mientras pelo una naranja y la llevo de la encimera de la cocina a la mesa—, siento una especie de punzada de satisfacción, quizá por el color natural de la fruta.

Esto lo he conseguido únicamente de adulto. Damos por sentado que los niños disfrutan con los detalles, pero lo cierto es que de pequeño yo sólo recuerdo haber soñado a lo grande; luego mis sueños se fueron empujando hasta convertirse en un interés u otro, que después encaucé hacia la biología y la química, con la Facultad de Medicina como meta, y finalmente la revelación de los infinitesimales episodios de la vida, sus neuronas y espirales y átomos giratorios. De hecho, aprendí a dibujar bien, a dibujar de verdad, a partir de esas diminutas formas y sombras en mis laboratorios de biología, no de cosas grandes como las montañas, las personas o los fruteros.

Ahora, cuando sueño a lo grande, es para mis pacientes: para que a la larga puedan experimentar esa alegría cotidiana de la cocina y la naranja, el placer de poner los pies en alto delante del televisor mientras ven un documental; o los placeres aún mayores que imagino para ellos, como conservar un empleo, regresar sanos y salvos a casa con sus familias, ver la dimensión real de una habitación en lugar de un panorama terrible de rostros. En cuanto a mí, he aprendido a soñar en pequeño: una hoja, un pincel nuevo, la pulpa de una naranja; y los detalles de la belleza de mi mujer, un brillo en el rabillo de sus ojos, el vello suave de sus brazos a la luz de la lámpara de nuestro salón cuando está sentada leyendo.

He dicho que no crecí en el seno de la profesión médica, pero tal vez no sea tan extraño que eligiera la rama de la medicina que elegí. Mis padres no tenían nada que ver con la ciencia, si bien su disciplina personal, que me inculcaron junto con los copos de avena y los calcetines limpios, con la intensidad con que los padres se vuelcan en un hijo único, me fue útil para sobrevivir a los rigores de la asignatura de Biología del instituto y a los rigores extremos de la Facultad de Medicina; al rigor mortis de las noches dedicadas íntegramente al estudio y la memorización, y al alivio relativo de las

posteriores noches de guardia que me pasé en vela, yendo de un lado para otro.

También había soñado con ser artista, pero cuando llegó el momento de decidir a qué me dedicaría, elegí la medicina, y supe desde el principio que sería psiquiatra, lo que para mí era tanto una profesión médica como la ciencia suprema de la experiencia humana; de hecho, después del instituto presenté también una solicitud a varias facultades de Bellas Artes, y para mi satisfacción me aceptaron en dos bastante buenas. Me gustaría poder decir que fue una decisión angustiada, que el artista que hay en mí se rebeló contra la medicina. Lo cierto es que me pareció que mi aportación a la sociedad como pintor no sería de la importancia debida y, además, me daban miedo las penurias y dificultades a la hora de ganarme el pan que quizá conllevara ese tipo de vida. La psiquiatría sería un modo directo de servir a un mundo lleno de dolor y, a la vez, me permitiría continuar pintando por mi cuenta, y pensé que me bastaría con saber que hubiera podido hacer carrera como artista.

Mis padres meditaron a fondo sobre la especialidad que había elegido, tal como pude percibir cuando se lo mencioné en una de nuestras conversaciones telefónicas de fin de semana. Hubo una pausa al otro extremo de la línea mientras asimilaban mis proyectos y los motivos de mi elección. Luego mi madre comentó tranquilamente que «todo el mundo» necesita hablar con alguien, lo cual fue su forma de establecer un acertado paralelismo entre su ministerio y el mío, y mi padre comentó que hay muchas maneras de expulsar a los demonios.

En realidad, mi padre no cree en los demonios; no tienen cabida en su religiosidad moderna y progresista. Le gusta referirse a los demonios en tono sarcástico, incluso ahora, en su vejez, y leer sobre ellos, mientras sacude la cabeza, en las obras de los primeros pastores de Nueva Inglaterra, como Jonathan Edwards, o en las de los teólogos medievales que también lo fascinan. Es como un lector de novelas de terror: las lee porque le ponen nervioso. Cuando habla de los «demonios» y el «fuego del infierno» y el «pecado», lo

dice irónicamente, fascinado e indignado a la vez; los feligreses que aún acuden a su despacho de nuestra antigua casa (nunca se jubilará del todo) reciben, por el contrario, una imagen misericordiosa de sus propios tormentos. Reconoce que aunque él se haya especializado en las almas y yo en diagnósticos, factores ambientales y ADN, ambos, al fin y al cabo, luchamos por el mismo objetivo: el fin del sufrimiento.

Después de que mi madre se convirtiera también en pastora, en nuestra casa hubo mucho movimiento y yo dispuse de un montón de tiempo para escaparme solo, liberándome de mi malestar ocasional con la distracción que me proporcionaban los libros y las exploraciones por el parque que había al final de nuestra calle, donde me sentaba a leer debajo de un árbol o a dibujar paisajes con montañas y desiertos que desde luego yo no había visto nunca. Los libros que más me gustaban eran los de aventuras en el mar o las aventuras propias de los inventos e investigaciones. Me hice con tantas biografías para niños como pude (de Thomas Edison, Alexander Graham Bell, Eli Whitney y otros) y más adelante descubrí la aventura de la investigación médica: la de Jonas Salk y su vacuna contra la polio, por ejemplo. Yo no era un niño muy activo, pero soñaba con hacer algo intrépido. Soñaba con salvar vidas, con anunciar en el momento adecuado algún avance que salvara vidas. Incluso ahora no hay artículo que lea en una revista científica que no me produzca esos sentimientos, de una u otra forma: la emoción por el descubrimiento ajeno y el aguijón de la envidia hacia el descubridor.

No puedo decir que este deseo de salvar vidas fuera el gran tema de mi infancia, aunque como historia resulte ser estúpida. De hecho, yo no tenía vocación, y esas biografías para niños habían pasado a ser un recuerdo cuando fui al instituto, donde estudié sin problemas, pero tampoco con un entusiasmo desmedido, leí otros autores, como Dickens y a Melville, con bastante más

fruición, asistí a clases de arte, participé en muchas carreras sin conseguir nunca ningún premio y, con un suspiro de alivio, perdí la virginidad en primero de bachillerato con una chica más experimentada de segundo, que me dijo que siempre le había encantado la forma de mi cogote.

Mis padres adquirieron cierta relevancia en nuestro pueblo, defendiendo y rehabilitando con éxito a un vagabundo sin techo que había llegado de Boston y que se había refugiado en nuestros parques. Fueron juntos a la prisión local para dar charlas, e impidieron que una casa prácticamente igual de antigua que la nuestra (de 1691; la nuestra era de 1686) fuese demolida para construir un supermercado en la parcela. Asistieron a mis competiciones de atletismo, hicieron de carabinas en mis bailes de graduación e invitaron a mis amigos a fiestas ecuménicas con pizza, y oficiaron los responsos por aquellos de sus amigos que murieron jóvenes. En su credo no había funerales, ni ataúdes abiertos, ni cuerpos por los que rezar, de modo que no toqué un cadáver hasta que ingresé en la Facultad de Medicina ni vi a ningún muerto al que conociera en persona hasta que sostuve la mano de mi madre, su mano inerte y caliente aún.

Pero años antes de que mi madre falleciese, y estando yo todavía en la facultad, conocí al amigo que he mencionado antes, John Garcia, que fue quien, todo hay que decirlo, me proporcionó el caso más importante de mi carrera. John fue uno de los amigos que hice en mi época de veinteañero: amigos de mis primeros años de universidad, con quienes estudiaba para los controles de Biología y los exámenes de Historia, o jugaba al fútbol los sábados por la tarde, y que ahora ya están medio calvos; otros, de paso presuroso y batas blancas y ondeantes, a los que conocí más adelante, en las clases y los laboratorios de la Facultad de Medicina; o bien más tarde aún, en la tensión de la consulta con los pacientes. Cuando recibí la llamada de John, ya estábamos todos un poco canosos, con algún michelín en la tripa o, por el contrario, más delgados en nuestros ímprobos esfuerzos por combatir el sobrepeso. Yo, gra-

cias a mi hábito de correr desde siempre, me había mantenido más o menos delgado e incluso fuerte. Y le estaba agradecido al destino por el hecho de que mi pelo siguiera siendo tan abundante como siempre y más castaño que blanco, de modo que, por la calle, las mujeres seguían mirándome. Pero no cabe duda de que yo era uno más de un grupo de amigos de mediana edad.

De modo que cuando John me llamó aquel martes para pedirme el favor, por supuesto, le dije que sí. Cuando me habló de Robert Oliver mostré interés, pero también me interesaba comer, y tener la oportunidad de estirar las piernas y desconectar de una mañana de trabajo. Nunca estamos realmente abiertos a nuestro destino, ¿verdad? Así es como lo expresaría mi padre en su despacho de Connecticut. Y al final de la jornada, cuando acabó mi reunión, el granizo dio paso a una fina llovizna y mientras las ardillas correteaban por la tapia del jardín posterior y saltaban por encima de las macetas, prácticamente había dejado de pensar en la llamada de John.

Más tarde, después de volver a casa corriendo desde mi consulta y haber sacudido mi abrigo en mi recibidor (esto fue antes de casarme, de modo que nadie salió a la puerta a recibirme y no había ninguna blusa de olor agradable tirada sobre los pies de la cama al término de la jornada laboral), después de haber dejado el paraguas chorreando, haberme lavado las manos, haberme hecho un bocadillo de tostadas con salmón y haberme ido al estudio a coger el pincel; entonces, con el delgado y suave mango de madera entre mis dedos, me acordé de mi futuro paciente, un pintor que, en lugar de pincel, había blandido una navaja. Puse mi música favorita, la *Sonata para violín en La* de Franck y me olvidé intencionadamente de Robert Oliver. El día había sido largo y un poco vacío, hasta que empecé a llenarlo de color. Pero siempre hay un mañana, a menos que muramos, claro, y al día siguiente conocí a Robert Oliver.

3

Marlow

Robert estaba junto a la ventana de su nueva habitación, mirando por ella, con las manos colgando a ambos lados de su cuerpo. Cuando entré, se volvió. Mi nuevo paciente medía unos dos metros, era de complexión fuerte y al mirarle de frente se agachaba un poco, como un toro antes de embestir. Sus brazos y hombros rezumaban una fuerza apenas contenida, su expresión era resuelta, arrogante. Era moreno y tenía la piel arrugada; su pelo era casi negro y muy abundante, con una pizca de gris, ondulado desde la raíz y más largo de un lado que del otro, como si se lo alborotase a menudo. Iba vestido con unos pantalones de pana holgados de color olivo, camisa de algodón amarilla y chaqueta de pana con coderas. Llevaba unos zapatos de cuero marrón mastodónticos.

La ropa de Robert estaba manchada de óleo, alizarina, cerulina, amarillo ocre, colores intensos que contrastaban con esa decidida monotonía. Tenía pintura bajo las uñas. Estaba inquieto: cambiaba a menudo el peso de un pie al otro y cruzaba los brazos exponiendo las coderas. Más adelante, dos mujeres distintas me dirían que Robert Oliver era el hombre más elegante que habían conocido jamás, lo cual me lleva a preguntarme en qué se fijan las mujeres que yo no consigo ver. En el alféizar de la ventana, detrás de él, había un fajo de papeles de aspecto frágil; pensé que serían las «cartas viejas» a las que se había referido John Garcia. Al acercarme a él, Robert me miró directamente (no sería ésa la última vez que sentiría que ambos estábamos en el mismo cuadrilátero) y sus ojos, de un verde dorado intenso y bastante enrojecidos, brillaron por un momento, expresivos. Su rostro se replegó airado y volvió la cabeza.

Yo me presenté y le ofrecí la mano.

—¿Qué tal se encuentra hoy, señor Oliver?

Al cabo de un instante me correspondió estrechándome la mano con firmeza, pero no dijo nada y me dio la impresión de que caía en la languidez y el resentimiento. Dobló los brazos y se apoyó en el alféizar de la ventana.

—Bienvenido a Goldengrove. Me alegro de conocerlo.

Robert buscó mi mirada, pero siguió sin decir nada.

Yo me senté en el sillón de la esquina y lo estuve observando durante unos minutos antes de volver a hablar:

—Acabo de leer la historia clínica que he recibido de la consulta del doctor Garcia. Tengo entendido que tuvo usted un mal día la semana pasada, y que eso es lo que lo llevó al hospital.

Al oír esto él me dedicó una sonrisa curiosa y habló por primera vez:

—Sí —dijo—. Tuve un mal día.

Había conseguido mi primer objetivo: que hablara. Me contuve para no manifestar satisfacción o sorpresa alguna.

—¿Recuerda lo que pasó?

Robert seguía mirándome a los ojos, pero en su cara no había ni rastro de emoción. Era un rostro extraño, con un preciso equilibrio entre la rudeza y la elegancia, un rostro con una asombrosa estructura ósea, la nariz larga pero también ancha.

—Un poco.

—¿Le gustaría hablarme de ello? Estoy aquí para ayudarle, en primer lugar escuchándole.

No dijo nada.

Yo repetí:

—¿Le gustaría hablarme un poco de ello? —Robert seguía en silencio, así que probé otra táctica—. ¿Sabe que lo que intentó hacer el otro día salió en el periódico? No vi el artículo entonces, pero me acaban de pasar un recorte. Salió en la página cuatro.

Robert apartó la mirada.

Yo insistí:

—El titular decía algo así: «Artista ataca un cuadro de la Galería Nacional».

Se rió de pronto, un sonido sorprendentemente agradable.

—Es cierto. Pero no lo toqué.

—Antes de hacerlo el vigilante lo agarró a usted, ¿cierto?

Asintió.

—Y usted se defendió. ¿Le molestó que lo apartaran del cuadro?

Esta vez se apoderó de su rostro una nueva expresión, ahora sombría, y Robert se mordió el borde del labio.

—Sí.

—Era un cuadro de una mujer, ¿verdad? ¿Cómo se sintió al atacarla? —inquirí con la mayor brusquedad que pude—. ¿Cómo se sintió haciendo eso?

Su reacción fue igualmente brusca. Se estremeció, como si intentara expulsar el tranquilizante suave que aún estaba tomando, y encajó los hombros. En aquel momento me pareció incluso más autoritario y comprendí que, de haber sido un paciente violento, hubiera sido terrorífico.

—Lo hice por ella.

—¿Por la mujer del cuadro? ¿Quería protegerla?

Robert permaneció en silencio.

Probé de nuevo.

—¿Quiere decir que tenía usted la sensación de que, de algún modo, ella quería que la atacaran?

Entonces bajó los ojos y suspiró como si hacerlo le doliera.

—No. No lo entiende. No la estaba atacando a ella. Lo hice por la mujer que amaba.

—¿Por otra persona? ¿Su esposa?

—Piense lo que quiera.

Seguí con la vista clavada en él.

—¿Creyó que lo estaba haciendo por su mujer? ¿Su ex mujer?

—Hable con ella —contestó Robert, como si le diera igual que fuera su mujer o su ex mujer—. Hable con Mary, si quiere. Vaya a

ver los cuadros, si le apetece. No me importa. Puede usted hablar con quien le dé la gana.

—¿Quién es Mary? —pregunté yo. No era el nombre de su ex mujer. Esperé un poco, pero él siguió callado—. Los cuadros de los que me habla, ¿son retratos de ella? ¿O se refiere al cuadro de la Galería Nacional?

Robert permaneció frente a mí en silencio absoluto, con la mirada fija en algún punto situado por encima de mi cabeza.

Esperé. Cuando es necesario puedo quedarme clavado como una roca. Al cabo de tres o cuatro minutos, comenté como si nada:

—Verá, yo también soy pintor. —No suelo hacer comentarios sobre mí mismo, naturalmente, y desde luego no en una primera sesión, pero pensé que valía la pena correr ese pequeño riesgo.

Él me lanzó una mirada que tanto podía ser de interés como de desprecio, y acto seguido se tumbó en la cama boca arriba cuan largo era, con los zapatos sobre la colcha y los brazos debajo de la cabeza, mirando fijamente hacia arriba como si viese el cielo abierto.

—Estoy convencido de que sólo algo muy complejo podría haberlo impulsado a atacar un cuadro. —Había corrido otro riesgo, pero me pareció que también valía la pena.

Robert cerró los ojos y rodó sobre la cama hasta darme la espalda, como preparándose para dormir una siesta. Esperé. Luego, al advertir que no iba a hablar más, me levanté.

—Señor Oliver, yo estaré aquí por si me necesita en cualquier momento. Y usted estará aquí para que podamos atenderlo y ayudarlo a recuperarse. Le ruego que, cuando lo desee y con total libertad, le pida a la enfermera que me llame. Volveré a verlo pronto. Puede preguntar por mí, si necesita un poco de compañía; hasta que esté preparado, no hace falta que hable más.

No me imaginé que se tomaría tan al pie de la letra mis palabras. Cuando al día siguiente fui a visitarlo, la enfermera me dijo que no le había hablado en toda la mañana, si bien había desayunado un

poco y parecía tranquilo. No sólo mantuvo su silencio con las enfermeras: tampoco habló conmigo, ni aquel día ni al siguiente, ni en los doce meses posteriores. En todo ese tiempo, su ex mujer no fue a verlo; de hecho, no recibió ninguna visita. Continuó manifestando muchos de los síntomas de la depresión clínica, con fases de agitación silenciosa y quizás ansiedad.

Robert pasaba la mayor parte del tiempo conmigo, en ningún momento me planteé en serio dejar de atenderlo, en parte porque nunca podría estar completamente seguro de si era o no un posible peligro para sí mismo y los demás, y en parte debido a una sensación propia que fue creciendo poco a poco y que iré desgranando gradualmente; ya he confesado que tengo mis razones para considerar que ésta es una historia confidencial. Durante aquellas primeras semanas continué tratándolo con el estabilizador anímico que John había empezado a administrarle y seguí también con el antidepresivo.

Su único informe psiquiátrico previo, que John me había enviado, indicaba un trastorno grave del humor recurrente y que había probado el litio aunque, al parecer, a los pocos meses de tratamiento, Robert rehusó tomarlo aduciendo que lo dejaba agotado. Pero el informe también describía a un paciente con frecuencia funcional, que había conservado un empleo de profesor en una pequeña academia, se había dedicado a sus obras artísticas y había intentado relacionarse con la familia y los colegas. Llamé personalmente a su antiguo psiquiatra, pero el tipo estaba ocupado y me contó poca cosa, aparte de reconocer que, llegado a cierto punto, se había convencido de que Oliver era un paciente desmotivado. Robert había acudido a un psiquiatra principalmente a petición de su mujer y había interrumpido sus visitas antes de que él y su esposa se separaran hacía más de un año. No había asistido a ninguna psicoterapia prolongada, ni había estado hospitalizado previamente. El médico ni siquiera se había enterado de que Robert ya no residía en Greenhill.

En la actualidad, Robert se tomaba la medicación sin protestar, con la misma resignación con la que comía (un signo insólito de

cooperación en un paciente tan desafiante como para hacer voto de silencio). Comía con frugalidad, también sin aparente interés, y cuidaba escrupulosamente su limpieza pese a su depresión. No se relacionaba en modo alguno con los demás pacientes, pero a diario daba paseos por dentro y por fuera del centro, siempre vigilado, y en ocasiones se sentaba en la sala principal, ocupando una butaca en un rincón soleado.

Durante sus períodos de agitación, que al principio se producían cada uno o dos días, paseaba de un lado a otro de su habitación, con los puños apretados, el cuerpo visiblemente convulso y haciendo muecas con la cara. Yo lo observaba con detenimiento, al igual que mi equipo. Una mañana rompió el espejo de su cuarto de baño de un puñetazo, aunque no se lesionó. Algunas veces se sentaba en el borde de su cama con la cabeza entre las manos, se levantaba de un brinco cada pocos minutos para mirar por la ventana y luego volvía a adoptar esa actitud de desesperación. Cuando no estaba agitado, estaba apático.

Lo único que parecía tener algún interés para Robert Oliver era su fajo de cartas viejas, que tenía siempre cerca y que abría y leía con frecuencia. Cuando yo iba a verlo, solía tener una carta frente a él. Y en cierta ocasión, en el transcurso de las primeras semanas, antes de que doblara la carta y la introdujese de nuevo en su desgastado sobre, observé que las páginas estaban escritas con una letra uniforme y elegante trazada en tinta marrón.

—Me he fijado en que suele leer lo mismo... Esas cartas, ¿son antiguas?

Robert envolvió el fajo con la mano y se volvió; su rostro parecía tan afligido como cualquiera de los que había yo visto durante mis años de tratamiento a pacientes. No, no podía soltarlo, aun cuando tuviese períodos de calma que durasen varios días. Algunas mañanas le invitaba a que hablara conmigo (sin resultados) y otras me limitaba a sentarme junto a él. Todos los días laborables le preguntaba qué tal estaba, y de lunes a viernes él apartaba la vista de mí y miraba hacia la ventana próxima.

Todo este comportamiento evidenciaba un cuadro de intensa angustia, pero ¿cómo iba a averiguar lo que había desencadenado su crisis nerviosa, si no podía hablar con él? Se me ocurrió, entre otras cosas, que quizá padeciera un trastorno de estrés postraumático además de su diagnóstico básico; pero, en ese caso, ¿cuál había sido el trauma? ¿O podría ser que la misma crisis que padecía y el mismo hecho de que lo detuvieran en el museo lo hubieran traumatizado tanto? En la exigua historia clínica que yo manejaba, no había indicio alguno de una tragedia pasada, aunque probablemente su separación matrimonial debía de haber sido dolorosa. , Cada vez que el momento me parecía oportuno, intenté con cuidado incitarlo a conversar. Pero su silencio persistió, como también lo hicieron sus relecturas obsesivas y privadas. Una mañana le pregunté si cabría la posibilidad de que me permitiese echar un vistazo a sus cartas, confidencialmente, ya que estaba claro que significaban mucho para él.

—Prometo no quedármelas, por supuesto; o, si me las presta, podría fotocopiarlas y devolvérselas intactas.

Entonces se volvió hacia mí y vi en su rostro algo parecido a la curiosidad, pero no tardó en mostrarse huraño y ensimismado de nuevo. Recogió las cartas cuidadosamente, sin que nuestras miradas se encontraran de nuevo, y se tumbó en la cama de espaldas a mí. Instantes después no tuve más remedio que salir de la habitación.